



La biblioteca del instituto

El instituto de bachillerato donde fui primero alumno y luego profesor, el “Virgen del Carmen” de Jaén, era un edificio de mediados de los años cincuenta, en el estilo herreriano-pobre propio de la posguerra, con una capilla grande como una iglesia, con capacidad para quinientos devotos, y una biblioteca con capacidad para veinte lectores. La biblioteca no estaba mal dotada porque el instituto había sido durante casi un siglo el único de la provincia y tenía acumulados unos fondos interesantes sin más merma que los que se quemaron en una pira patriótica al terminar la guerra cuando el director que le puso el nombre de la Virgen, gran devoto de la del Carmen, realizó un escrutinio como el del cura del Quijote: Unamuno, a la hoguera; Baroja, también; éste no, que es *El Criterio* de Balmes y aquel tampoco, que es el Kempis. Entre los que merecieron indulto, a pesar de su condición de libros, se contaban una colección bastante incompleta de “La Ilustración Española y Americana” encuadrada en grandes volúmenes, la Biblioteca de Autores Españoles, la Enciclopedia Espasa, y la colección completa de Clásicos Castellanos, en fin, que para lo que solían ser las bibliotecas de los institutos de la época estaba bastante bien.

El director de la biblioteca era el catedrático de Lengua y Literatura don José María Benavente, sobrino de don Jacinto, el comediógrafo. Era un hombre mayor, bastante sordo y algo cascarrabias, que amaba mucho la literatura, aunque había renunciado a publicar, y quizá a escribir, por miedo a que lo llamaran “Benavente el malo”, en contraste con su tío, cuya obra admiraba mucho.

La biblioteca abría solamente durante la media hora del recreo. Cuatro

alumnos voluntarios de los cursos superiores ayudábamos a don José María con los libros. Cuando murió yo cursaba sexto y quedé como bibliotecario interino mientras se ocupaba la plaza. La verdad es que la biblioteca no daba mucho trabajo. Entre los más de quinientos alumnos del centro no habría más allá de diez o doce lectores. Los alumnos de entonces dábamos *Literatura española y universal* en cuarto curso, a los catorce años, y *Literatura española contemporánea* en Preu, a los diecisiete. Los libros de texto eran meros catálogos de autores con sus obras y una sucinta explicación de los movimientos a los que pertenecían, pero no leíamos sus obras salvo algún poema o fragmento de prosa que apareciera, como muestra, al final de cada capítulo. En aquel tiempo, un alumno que hubiera leído un libro (quitando el Quijote resumido, en la escuela primaria) era una rareza. Después vino el tiempo en que profesores con un criterio más renovado y moderno obligaron a leer a sus alumnos de



Fotografía: Revista Mi Biblioteca.

bachiller el *Poema de Mío Cid*, *La Celestina* y los poemas de Garcilaso, obras muy estimables, quién lo duda, pero quizá inadecuadas a tan tierna edad. El resultado fue una generación vacunada de por vida contra la literatura.

Hoy existen algunos profesores que piensan que el niño debe leer literatura infantil y el joven debe leer literatura juvenil y que si se inician en las letras a esa tierna edad algún día no muy lejano leerán por sí mismos el *Poema de Mío Cid* y *La Celestina*, sin necesidad de que un profesor les alabe las excelencias de esas obras, o acaso lean *El Código da Vinci* o una novela de Tom Clancy. Nada es malo. El caso es leer. ■